GT 41: Excluidos y olvidados en las Historias oficiales del Mundo Antiguo. Miradas integradoras hacia una nueva construcción de la Historia de la Humanidad.

Los poetas, pobres excluidos

Gustavo Estomba Seija

Estudiante de Licenciatura en Ciencias Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

paltavo@gmail.com

Abstract:

El presente trabajo constituye un avance de una investigación planteada sobre el tema de los poetas latinos pobres, excluidos y olvidados en su mayoría de las Historias oficiales del mundo antiguo.

Bajo una mirada integradora hemos elegido por la riqueza de las materias abordadas en la obra y desde el propio testimonio de vida que proporcionan los *Epigramas* de Marco Valerio Marcial. También nos servimos de la obra de Decio Junio Juvenal, *Sátiras*, para demostrar la peripecia vital de estos escritores «pobres» que sobreviven estratégicamente unas veces acercándose al poder y, otras, en la mera condición de advenedizos consecuencia de su situación de clientes.

Los poetas romanos, al final del siglo I d.C., estaban de hecho excluidos de los cargos de gobierno y de subvenciones estatales especiales por su talento. La pobreza puede ser una forma de sujeción y control de las peligrosas plumas para los gobernantes absolutos. Aquellos carecían de protectores con el desprendimiento de Mecenas o Pisón y la mayoría debía subsistir en la pobreza más absoluta.

Marcial y Juvenal son ejemplos de escritores pobres que sobrevivían con diferentes estrategias. A través, de las *Sátiras* y los *Epigramas* develaremos las tácticas para subsistir de los poetas pobres y las dificultades de su vida.

«Lo más duro que la infeliz pobreza tiene en sí misma es que hace ridículos a los hombres.» (Juvenal, Sátiras, III, 152)

Esta investigación refiere a un universo bastante numeroso de intelectuales consagrados a la literatura que subsisten en la pobreza y a las diversas estrategias de supervivencia que llevan adelante; así como, algunos ejemplos de relaciones con el poder, los poderosos y sus allegados.

Respecto del número de poetas pobres no lo podemos precisar, es insignificante su incidencia respecto a la alta población de Roma en el siglo I de nuestra era, pero es importante según los testimonios con que contamos. Le responde Marcial, a su amigo Sexto, «todos los que ves que están allí helados debido al estado de sus capas son Nasones o Virgilios»[1] y la misma idea transmite Juvenal, en la sátira I, verso 17, cuando afirma que: «hasta en la sopa te encontrarás con poetas.»

Para comenzar definiremos la pobreza como la insatisfacción (y la carencia de recursos para satisfacerlas) de un conjunto de necesidades consideradas esenciales para un grupo social específico y que reflejan el estilo de vida de esa sociedad. ¿Cuáles eran las necesidades básicas para el grupo social que abordaremos?

Si atendemos a lo que le manifiesta Marcial a su amigo sobre sus ambiciones:

> Las cosas que hacen más feliz la vida, (…) son éstas: una hacienda no conseguida con esfuerzo, sino heredada: un campo no desagradecido, un fuego permanentemente encendido; un pleito nunca, la toga en pocas ocasiones, el espíritu tranquilo; unas fuerzas de hombre libre, un cuerpo sano; una sencillez prudente, amigos de igual condición; convites fáciles, una mesa sin aparato; una noche no ebria, sino libre de cuidados; un lecho no triste y sin embargo casto; un sueño que haga breves las tinieblas; querer ser lo que eres y no preferir otra cosa; no temer el último día, ni desearlo.[2]

Habría que agregarle «un hogar y un techo que resistan sin mostrar indignación, los negros humos… tener una esposa no demasiado culta…»[3]

Podríamos resumirlas en una vida sencilla, sin pleitos; al lado de una mujer honesta y decente; una hacienda heredada (no conseguida por el trabajo) y un campo feraz; sobriedad doméstica; una noche sin preocupaciones y un descanso reparador. En suma, vivir contento con lo que se tiene, sin codiciar lo de otros. Pero, sino se contaba con la hacienda heredada que solventara esa vida tranquila ¿cuáles sería las estrategias para sobrevivir de los poetas sin recursos económicos?

1 Marcial, Epigramas, III, 38.
2 Epigramas, X, 47.
3 Epigramas, II, 90.

Si bien los poetas tenían ocasiones para dar a conocer sus creaciones, como las lecturas públicas y los torneos poéticos, y de esa manera ganar fama y cubrirse de honores, estas no les generaban los caudales necesarios para cubrir sus necesidades vitales, así lo expresa Marcial: «El foro romano está más cerca y es más rico. Aquí resuenan las monedas: en cambio en torno a nuestras tribunas y estériles sillas sólo suenan los besos.»[4] La profesión de los abogados era más lucrativa, incluso de músico y otros oficios de poca estimación social ganarán más[5], pero la de los poetas recibía aplausos y besos de sus admiradores, con eso no se vivía.

La inexistencia de un concepto de propiedad intelectual sobre las creaciones literarias como el actual[6] permitía, a los libreros-editores[7], enriquecerse a través de un ejército de esclavos copistas y enviar a todas las partes del imperio[8] ejemplares de las obras sin obligación de pago a sus creadores. Es más, los escritores desconocidos debían pagar a los *bibliopolas* (libreros) para que publicaran sus trabajos.[9] Marcial se reconoce como un autor exitoso «lo que la ceniza concede a muy pocos, eso [la fama] me lo concedió a mi la vida»[10] y muy leído, «se dice que Britania recita mis versos. ¿De qué me sirve? Mi bolsa no se da cuenta de ello.»[11] Exitoso pero pobre, ya que los beneficios de la publicación de libros quedaban para el editor-librero, que fabricaba, vendía el libro y mantenía a los copistas.[12]

No existía subsidio desde el Estado para el estímulo de la actividad de los escritores[13], más allá de la liberlidad del Emperador que era limitada y que sólo alcanzaba a una ínfima porción de quienes se dedicaban a las letras.[14] A diferencia de los retóricos que podían asumir puestos muy rentables en la administración del Estado, no existen ejemplos de

4 Epigramas, I, 76.

5 Marcial aconseja a un padre para su hijo: «¿Quiere aprender oficios que den dinero? Haz que aprenda a tocar la cítara o a acompañar con la flauta. Si te parece que es de inteligencia corta, hazle pregonero o arquitecto.» (V, 56)

6 Friedlaender, L., *La sociedad Romana. Historia de las costumbres en Roma, desde Augusto hasta los Antoninos,* México, FCE, 1947, p. 724. Gayo, *Institutas,* 77.

7 Los oficios de editor y libreros se confunden en un período sin propiedad intelectual ni imprenta. Paoli, Ugo Enrico, *Urbs. La vida en la Roma antigua*, Barcelona, Iberia-Joaquin Gil Editor, 1944, p. 178.

8 Blázquez Robledo, Ibor, «El libro en Roma», disponible en: http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3761481

9 Carcopino, Jèrôme, *La vida cotidiana en Roma. En el apogeo del Imperio*, Buenos Aires, Librerías Hachette, 1944, pp. 310-311.

10 Epigramas, V, 30.

11 Epigramas, XI, 3.

12 Blázquez Robledo, Ibor, ob. cit.

13 Juvenal, Sátitras, VII, 20. El autor plantea el subsidio del Estado como una esperanza de futuro.

14 Friedlaender, L., ob. cit., pp. 730-731.

poetas premiados con semejantes cargos, lo único que podía obtener del Emperador eran regalos en metálico[15] o nombramientos de caballeros.[16]

Acá encontramos la primera de las estrategias de supervivencia, la adulación al emperador como acto de devoción que persigue la intención de obtener beneficios personales, una práctica degradante pero lucrativa.[17] La adulación desembozada que reconoce el propio autor:

> … éste que, fruto de mi trabajo, se titula octavo disfruta con más frecuencia de manifestarte mi devoción. Pues hube de trabajar recurriendo menos a la invención, cuyo lugar había sido ocupado por la abundancia de materia. He intentado ciertamente dar variedad a ésta introduciendo de vez en cuando alguna mezcla de bromas con el fin de que no todos los versos presentasen alabanzas a tu divina modestia, ya que podrían más fácilmente fatigarte que satisfacerme. [18]

Él, como adulador no carece de materiales sobre los cuales fundar su elogio, era más probable que su adulación saturara al emperador que cansase al halagador. Como la cúspide de la adulación accedió a llamarlo en su epigrama octavo de su libro quinto *dominus et deus noster*, señor y nuestro dios.

El derecho de padre de tres hijos concedido por Tito y confirmado por Domiciano y el grado honorífico de tribuno militar que le fue conferido por el último: «Los dos Césares, (…) me concedieron recompensas y me reconocieron los derechos correspondientes a un padre de tres hijos (…) Roma me ha visto como tribuno…» [19] También le concedió varias solicitudes para manumitir esclavos, favores que en sí no suponían gravamen para el erario imperial, pero, cuando le solicita unos miles de sestercios recibía por respuesta una diplomática negativa.[20] Su Libro VIII lo dedica enteramente a Domiciano, pero no parece haber conseguido nada del tacaño emperador, ni consiguió que una tubería de agua llegara a su casa.[21]

Una estrategia subsidiaria de la primera era el halago a los libertos de la familia imperial, por intermedio de los cuales se podía llegar al emperador dado que tenían una relación personal con él, es el caso de Partenio, a quién Marcial le solicita que le presente su Libro V, porque: «Tú conoces los momentos en que Júpiter [Domiciano] está sereno y cuando brilla

15 Ob. cit., p. 729.

16 Epigramas, III, 95 y IX, 97.

17 Naselli Macera, Diego, «La propaganda del imperio de Domiciano en epigramas», en *Huellas de la Historia*, núm. 11. Disponible en: http://www.huellasdelahistoria.com/ampliar_contenido.php?id_noti=277

18 Epigramas VIII, Intro.

19 Epigramas, III, 95.

20 Epigramas, VI, 10.

21 Epigramas, IX, 18.

con el rostro apacible con el que no suele negar nada a los suplicantes.»[22] Vemos al final del verso que él se reconoce como un mendicante o limosnero. También los versos dirigidos a Eárino, el favorito de Domiciano, «aquel muchacho más querido para su señor que cualquiera de los siervos del palacio, que con su nombre recuerda la primavera.»[23] Esta estrategia no era transitada por aquellos poetas que expresaban un sentimiento irracional de xenofobia, como Juvenal, y que rechazaba la ampliación de la ciudadanía romana, cuando él mismo es ciudadano romano por una etapa previa del mismo proceso, pero que se siente desplazados por los «advenedizos» y que en su caso personifica su odio en Crispino.[24] Pero, por lo dicho anteriormente, los resultados de esta estrategia son muy limitados para Marcial y para otros serán aún restringidos, sólo hay referencia a una toga usada que le regalo Partenio a Marcial.[25]

Al final del siglo primero de nuestra era, seguía vigente en el imaginario social la convicción de la obligación moral de los poseedores de grandes fortunas de contribuir en las empresas de interés general y con los pobres —entre ellos los poetas—, lo que Friedlaender llama «principesca liberalidad.»[26] Por eso, la chanza romana se ensaña con la avaricia[27] y los poetas perjudicados en sus aspiraciones aún más «y la burla place cuando es malvada»[28]:

> Hasta hace poco no tenías dos millones completos de sestercios, pero eras tan pródigo y generoso y tan espléndido, Caleno que tus amigos te deseaban diez […] cuatro muertes te los proporcionaron. Pero tú, como si no te hubiesen dado legados sino arrebatados los diez, caíste, desgraciado, en un hambre tan grande que los banquetes más suntuosos que tú preparas una sola vez en todo el año, los realizas con la mezquindad de una moneda de cobre y tus siete viejos amigos te costamos media libra de plomo.[29]

Estos versos encierran toda una crítica social desde la perspectiva de los que esperaban recibir los frutos de esa generosidad, los pobres, y que se resume en el adagio: cuanto más rico más avaro.

Como ejemplo de ésta transformación de los hábitos sociales de los ricos, en el pasado se acostumbraba a retribuir los panegíricos que se le dispensaban con retribuciones monetarias o regalos por parte del mencionado. Como los hizo, Plinio el Joven, quien ayuda

22 Epigramas, V, 6.
23 Epigramas, IX, 16, ver también IX, 11 y 12.
24 Sátiras, I, 25-30.
25 «Esta es la famosa toga muy celebrada en mis libritos, que mi lector conoce y ama. Regalo memorable de un poeta, perteneció antes a Partenio. Con ella yo me presentaba como caballero digno de consideración, mientras estaba nueva…» (IX, 49)
26 Friedlaender, L., ob. cit., p. 727.
27 Paoli, Ugo, ob. cit., p. 282.
28 Ob. cit., p. 283.
29 Epigramas, I, 95.

a Marcial a volver a su tierra natal y afirma en una carta: «Yo le había ayudado con un viático [a Marcial] al marcharse; se lo había dado por amistad, pero se lo había dado también por unos versos que compuso sobre mí.»[30] Esta costumbre se estaba abandonando y así lo denuncia Marcial: *«un individuo elogiado en mi librito disimula como si no me debiera nada: me ha engañado.»*[31]

Pero, ¿qué pretendían los poetas romanos? La dedicación exclusiva a la actividad poética como *condicio sine qua non* para el despliegue pleno de inspiración y esta es la única preocupación obsesiva del poeta. Así, lo reconoce Juvenal: «Pues la triste pobreza que no tiene ni aquella moneda que el cuerpo exige de día y de noche es inútil para cantar en el antro pierio y para empuñar el tirso»[32], Marcial hace un reclamo permanente respecto de la mala retribución económica de la actividad poética y de su pobreza:

> Me encuentro arrojado en el océano de la ciudad y mi vida perece en medio de un trabajo estéril, mientras cultivo duras yugadas de una finca suburbana y los lares vecinos a ti, sagrado Quirino. Pero no sólo ama el que frecuenta día y noche un umbral y tal pérdida de tiempo no conviene a un poeta. Por los ritos venerables para mi de las Musas, por todos los dioses, te lo juro: te amo, aunque no sea servicial.[33]

Tanto en la obra de Juvenal como en la de Marcial hay una reiteración machacona de la pobreza de los poetas: «Soy, lo confieso, y siempre fui, Calístrato, pobre…»[34] Sólo puede llegar a ser un vate egregius quien tiene un espíritu sereno, que no soporte zozobras, ni padezca necesidades materiales; puede llegar a ser un poeta ilustre quien no tiene que plagiar poemas ajenos[35] y en Marcial se hace una insistente referencia los plagiarios, de quien Fidentino lo es por antonomasia.[36] Hay una clara negación de la validez de la idea, de origen greco-latino, de que «las exigencias de la pobreza aguzan el ingenio y ayudan a descubrir e inventar nuevos métodos, nuevos sistemas y favorecen por tanto las artes.»[37]

> *¡cómo podría yo componer páginas inmortales y cuántos combates celebrar con el soplo de la trompeta de las Piérides si, (…) te diesen también, Roma, un Mecenas.*[38]

---

30 Citado por Guillén, José, «Introducción», en *Epigramas de Marco Valerio Marcial*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2ª edición, 2004, p. 3.

31 Epigramas, V, XXXVI.

32 Sátiras, VII, 59-62.

33 Epigramas, X, 58.

34 Epigramas, V, 13.

35 Sátiras, VII, 55.

36 Epigramas, I, 29; 53; 72.

37 Delgado Escolar, Francisco Luis, *Los poetas latinos como críticos literarios desde Terencio hasta Juvenal*, p. 910.

38 Epigramas, XI, 3.

La solución para las necesidades de los poetas es un Mecenas: «Que haya Mecenas, no faltarán, Flaco, Marones y también tus tierras te darán un Virgilio.» [39] Mecenas es el sinécdoque del rico y liberal que protege al individuo excepcional para vivir y crear, pero el mecenazgo no es una relación ingenua ni desinteresada, de un protector a un creador pobre, en el mecenazgo hay política, nadie da a cambio de nada.[40] La relación Mecenas-Virgilio-Horacio se ocurrió en un contexto político de Roma especial, la política de reconciliación promovida por Augusto. El mecenazgo fue un contrato implícito, un acuerdo entre caballeros (entre iguales), entre un artista necesitado pero talentoso y un personaje con poder —económico y político—, éste último satisfacía las necesidades materiales del artista, mientras éste, a través, en este caso, de la poesía creaba una imagen a la medida de su mecenas, gobernante ecuánime y justo, valeroso y humano general y triunfador siempre.[41] Los poetas tenían una función política y no eran los únicos beneficiados sino que los mecenas recibían su recompensa con creces.

Era muy peligroso, el mecenazgo, bajo el imperio de Domiciano para cualquier romano rico iniciar con un artista una relación que implique la cimentación de una imagen ideal podía caer bajo sospecha sobre todo a los romanos pertenecientes a la clase senatorial.[42] Bajo su imperio, ya no existían los mecenas de la altura de los Pisones, Sénecas, por eso vemos en Marcial la necesidad de acogerse a la protección de varios personajes sin conseguir de todos ellos lo que Horacio consiguió de uno solo.[43]

Marcial tenía toda la voluntad de convertir a los emperadores en sus mecenas —porque también intentó alabar a Nerva pero su pasado de adulador de Domiciano no lo beneficiaba en el nuevo contexto político instaurado después de la muerte de éste último—, para eso puso toda su inspiración poética, al punto de que, el Prof. Naselli Macera, afirma que Marcial fue un propagandista de la dinastía Flavia y del régimen de Domiciano, la elección del género epigramático que permite una rápida publicación y una extensa difusión por lo atrayente de su contenido entre los lectores y oyentes, hace que tenga una amplia aceptación entre la plebe. Por eso «ese famoso Marcial conocido en todo el mundo por sus picantes libritos de epigramas»[44] ayuda con ellos a glorificar, alabar, exaltar y divinizar la figura de Domiciano[45], aplica sin éxito (económico) la finalidad política de los poetas, pero, falta la voluntad para la contrapartida del mecenas o protector.

---

39 Epigramas, VIII, 55.
40 Rodríguez Adrados, Francisco, «*Mecenas y los mecenas de la antigüedad*», p. 21.
41 Ob. cit, p. 26.
42 Friedlaender, L., ob. cit., p. 735.
43 Ibidem.
44 Epigramas, I, 1.
45 Naselli Macera, Diego, ob. cit.

La segunda estrategia de supervivencia, es la relación entablada con los ricos personajes romanos era muy diferente a la del mecenazgo que se había transformado en una relación señor-cliente. Si bien, en un principio, la clientela era una relación piadosa y sagrada, una relación personal estrecha en la cual el cliente era un protegido y colaborador leal, un confidente y consejero de su patrono y que podía, incluso, representarlo.[46] En el imperio, por los testimonios que nos llegaron era muy importante la población que cumplía el servicio de la clientela[47], entre otras cosas por el desprecio de los romanos a las humillantes tareas manuales[48], a consecuencia de la masificación la clientela se transformó en una relación impersonal entre individuos de distinta condición, el cliente era uno más en la claque de un «señor». Esa claque que lo rodeaba tenía una finalidad política, reafirmaba su prestigio en público, se mantenía «la costumbre desde la república de que toda persona más o menos prominente se rodease de un séquito cuya magnitud y cuyo relieve debía ajustarse a su posición social y a su fortuna y ser indicio de ellas.»[49]

Los servicios de la clientela era remunerados por el «señor», primero, suministrando alimentos en una canasta (*sportula*), no parece lógico que a gran número de clientes se los pudiera sentar a su mesa; desde Nerón, se fijó una suma de dinero que debió de disminuir cuando se repartió entre gran número de clientes[50], que en los tiempos de Marcial era de «cien miserables cuadrantes»[51] y en ciertas ocasiones, podía recibirse un poco más.[52] Sentencia Friedlaender: «hay que reconocer que los ingresos de los clientes [que dependían de la esportula] eran muy pobres.»[53]

Otras formas de retribución pueden ser a través de pequeños regalos, que por supuesto no dejaban satisfechos a sus clientes[54] y participar en su mesa en una cena era la cúspide de la satisfacción, ya que era el reconocimiento de los dilatados servicios de la clientela[55]. La cena es el leitmotiv de los servicios del cliente, lo cuenta Marcial: «Ando a la caza, me da vergüenza, ay, pero ando a la caza, Máximo, de tus invitaciones a cenar…» [56] y también Juvenal: «Los clientes ya tradicionales se alejan fatigados del vestibulo, diciendo adiós a sus deseos, por más que la de la cena es la esperanza más tenaz de un hombre…»[57]

46 Friedlaender, L., ob. cit., p. 232.
47 Ob. cit., p. 231. Carcopino, J., ob. cit., p. 237.
48 Friedlaender, L., ob. cit., p. 232.
49 Ibidem.
50 Ob. cit., p. 233. Carcopino, J., ob. cit., p. 267.
51 Epigramas, III, 7.
52 Epigramas, X, 27.
53 Friedlaender, L., ob. cit., p. 234.
54 Epigramas, V, 19.
55 «Figúrate que cuando te invitan a cenar recibes el pago de tus buenos oficios ya pretéritos.» Sátira, V, 13.
56 Epigramas, II, 18.
57 Sátira, I, 17.

Pero, las cenas jamás dejan a los clientes satisfechos por el trato humillante a que los expone el anfitrión y así lo manifiesta Juvenal: «Lo único que pedimos es algo de cortesía en tus cenas.»[58] Pero toda su Sátira V es una queja del maltrato sufrido en las cenas de Virrón. En Marcial vemos las mismas quejas sobre las diferencias en los manjares servidos a los clientes:

> «Puesto que se me invita a cenar no ya como un cliente a quien se paga, como antes, ¿por qué no se me da la misma cena que tú? Tú tomas ostras criadas en el lago Lucríno, yo chupo una almeja cuya concha ya ha sido abierta; a ti se te sirven setas, yo tomo hongos de los que se dan a los cerdos; tú tienes que vértelas con un rodaballo, yo con un sargo. A ti te llena una tórtola dorada de enormes muslos, a mi se me pone una urraca que murió en su jaula. ¿Por qué ceno sin ti, Postumo, cuando ceno en tu compañía?…[59]

El señor debe recibir en su casa, luego de la hora del baño, a sus clientes para la obligada ceremonia del *salutatio*, que era el inicio de los fatigosos servicios diarios del cliente, una obligación inexcusable que consistía en presentar su saludo y sus respetos al señor, debía presentarse vistiendo toga y luchar por ser recibido entre los primeros, si debía visitar otros atrios. Juvenal nos pinta con sus gruesos colores la lucha por el saludo matinal:

> Ahora una mínima esportilla ha sido depositada delante mismo de la puerta y una turbamulta de gente togada se dispone a arrebatarla. Sin embargo, el patrón te mira fijamente el rostro, por miedo de que acudas por otro y pidas bajo nombre falso. Él ordena al vocero que llame incluso a los descendientes de Troya, ya que también éstos, revueltos con nocotros infestan el portal. Da primero al pretor y después al tribuno. Pero antes va un liberto que proclama: ¡Estoy primero yo! ¿Voy a dudar, a temer defendiendo mi sitio? Es verdad que nací junto al Éufrates; aunque lo negara, me venderían los lascivos taladros de mis oídos. Pero cinco tiendas me producen cuatrocientos mil sestercios anuales. ¿Es que da algo apetecible la franja máxima de púrpura si en la campiña de Laurento Corvino guarda unas ovejas alquiladas y yo en cambio soy más rico que Palante y que los Licino? Los tribunos, a la cola, y que no se retroceda ni tan siquiera ante personas sagradas el que llegó hace poco a esta ciudad con los pies blancos…[60]

Pero no solo la lucha por un lugar en la fila de los clientes es la queja[61], el sacrificio de ir todas las mañanas recorriendo grandes distancias[62], al extremo que algunos fingían sufrir de

58 Sátira, V, 113.

59 Epigramas, III, 60.

60 Sátira, I, 95-113.

61 Carcopino afirma que «los clientes tenían que esperar con paciencia su turno, que no estaba reglado por el orden de llegada, sino conforme a la jerarquía social…» Ob. cit., p. 268. Lo que nos hace pensar en otra transformación menor de las solemnidades que rodean a la relación señor-cliente.

62 Epigramas, I, 70; V, 22.

podagra[63] y la necesidad de presentarse vistiendo la onerosa toga, «que de símbolo de la autoridad del magistrado, de la dignidad del hombre político y de la superioridad nacional (…) en el ciente, es triste decirlo, se tornó en librea.»[64]

Pero cuales eran las otras obligaciones diarias del cliente, las cuenta Marcial:

> Me exiges que te preste sin interrupción los servicios propios de un cliente: no voy, pero te envío a mi liberto. No es lo mismo dices. Te demostraré que es mucho más. Yo apenas podría ir en pos de tu litera, él la llevará. Si caes en medio de la turba, él apartará a todos con el codo; yo tengo unos costados débiles y delicados. Si durante tu intervención en alguna causa narras algo, yo personalmente guardaré silencio, él en cambio mugirá un triple bravo. Si tienes un pleito, lanzará invectivas con voz temible: a mi la timidez me ha impedido siempre decir palabras fuertes. ¿No vas a prestarme tú, ningún servicio? Todo el que no haya podido prestarte mi liberto, Candido.[65]

Los clientes debían —además de presentarse a temprano a dar el saludo vestido de toga— caminar junto a la litera del señor, de manera de precederla o seguirla (rodearlo), cuando no hacer de porteadores de ella, en sus vistas matinales; abrirle paso en medio de la muchedumbre a codazos, si era necesario; insultar, si es preciso, en su defensa en cualquier pleito y, si en el foro, defiende alguna causa aplaudirlo y elogiarle.

Todas estas obligaciones le insumían, al pobre cliente, gran parte del día y Marcial se queja de que «*los día se [le] escapan*» y que queda libre de sus obligaciones «después de la décima hora»[66], es decir a las 15 horas en verano y a las 17 horas en invierno. Se lamenta de que Potito lo tilde de holgazán por publicar un libro tan solo al año[67], pero cumplir con sus obligaciones diarias y ser un prolífico escritor no es conciliable. A Labulo le critica «que, para que el número de tus clientes sea mayor, sea menor el de mis libros…»[68]

La tercera estrategia de supervivencia de que tenemos noticia a través de los testimonios examinados, es el trabajo manual y el comercio, ocupaciones que eran algunas de ellas muy lucrativas pero que se consideraban indecorosas. Los romanos hijos de hombres libres y bien educados despreciaban a aquellos que se dedicaban a las tareas manuales y se las dejaban a personas de baja condición social. Juvenal ve a

> las Musas entristecidas cuando poetas célebres y notorios intentaban arrendar unos pequeños baños en Gabias o un horno de pan en Roma, cuando otros no juzgaban

63 Epigramas, V, 39.
64 Paoli, Ugo, ob. cit., p. 98.
65 Epigramas, III, 46.
66 Epigramas, X, 70.
67 Ibidem.
68 Epigramas, XI, 24.

> indecoroso hacerse pregoneros (…) vender a los soldados armados lo que salda una almoneda confiada a ti…[69]

Los trabajos nombrados en el texto son los más despreciados por los romanos, según Friedlaender, el arrendatario de panaderías y casas de baños, los pregoneros (rematadores)[70], cuanta sería la necesidad de los poetas pobres si se exponían al desprecio general para lograr su subsistencia diaria.

La sociedad romana guardaba una alto grado de hipocresía porque serán despreciables algunas de las ocupaciones manuales, pero un padre no duda en entregar su hija en matrimonio a un trabajador infame, un pregonero, pero bien remunerado.[71]

Examinadas las estrategias de supervivencia que nos llegan a través de las fuentes debemos ver las condiciones en que vivían y creaban estos poetas pobres. Su vivienda eran las *insulae*, casas plurifamiliares de alquiler, de construcción económica que siempre estaban en peligro de derrumbarse e incendiarse y que intentaban aprovechar al máximo los espacios, un «cuchitril»[72], como los define Juvenal. Marcial al principio de su estancia en Roma alquilaba[73] en una insulae, describe su vivienda como «una habitación cerrada por una ventana que no está entera, en la que ni el mismo Bóreas querría permanecer»[74] a las que se accedía por escaleras incomodas, «vivo en un tercer piso y los escalones son altos»[75], accedía a su hogar «después de subir doscientas escaleras»[76], los espacios son tan pequeños, que: «Novio es vecino mío y desde mis ventanas se le puede tocar con la mano»[77]. La vivienda de Codro[78],

> tenía un techo en el que no cabía ni Prócula [una enana], seis jarritos de adorno es su aparador, y debajo un pequeño cántaro, además una figura de Quirón echado encima del mismo mármol; guardaba algunos librillos griegos en un viejo cofre en el que los incultos ratones roían los divinos poemas. Codro no poseía nada…[79].

69 Sátiras, VII, 3-11, ver también III, 41.
70 Friedlaender, L., ob. cit., pp. 177-178.
71 Epigramas, VI, 8.
72 Sátiras, VII, 29.
73 «Se me reclama (…) el pago del alquiler…» Epigramas, VII, 92.
74 Epigramas, VIII, 14.
75 Epigramas, I, 117.
76 Epigramas, VII, 20.
77 Epigramas, I, 86.
78 Sátiras I, 2.
79 Sátiras III, 204.

En Roma, «un tugurio misérrimo cuesta un ojo de la cara»[80]y se vivía en continuo peligro de derrumbe e incendio[81] de éstas insulae, al punto que Juvenal manifiesta: «Nosotros vivimos en una ciudad sostenida en gran parte por puntales esmirriados…»[82]

Dice Ugo Paoli, que los habitantes de las insulae envidiaban el peristilo de las mansiones de sus señores[83] y alegraban su pobre estancia con una maceta cons flores.[84]

Hay una exclusión espacial, los poetas sin recursos, vivían en los barrios más pobres de Roma, así, Marcial vivía en el Quirinal y Juvenal en la Subura «turbada por los gritos»[85] barrios populares y populosos que no eran adecuados ni para el descanso ni para recibir a las Musas:

> En la ciudad el pobre no tiene ocasión de pensar (…) ni de descansar. Impiden vivir los maestros de escuela por la mañana, por la noche los panaderos, los martillos de los caldereros durante el día entero, por aquí un cambista ocioso golpea su sucia mesa con las monedas de Nerón, por alli el batidor de la arena de oro hispana golpea la piedra gastada con su brillante martillo; y no cesa la turba inspirada de Belona, ni el naufrago charlatán (…), ni el judío enseñado por su madre a pedir (…)¿Quién puede contar los daños de su sueños perezoso? (…) A mi me despierta la risa de la multitud que pasa y junto a mi cabecera está Roma…[86]

En estos barrios se concentraba la actividad comercial y artesanal de la ciudad, eran muy numerosos y escandalosos los transeúntes durante todo el día, desde la madrugada comenzaba con los educandos que concurrían a las escuelas de primeras letras y por concentrar también, los lupanares y se aglutinaba la prostitución, dice Marcial que «el pregonero Galieno trataba de vender una muchacha de no excesiva buena fama, como las que están sentadas en la Subura.»[87] Los ruidos molestos se extenderían hasta altas horas de la madrugada, el epigramista afirma «he estado despierto durante treinta años» [88], aunque luego adquirió una casa en la calle *Peral* pero en el mismo barrio del Quirinal.

La vestimenta de los pobres clientes era la toga desde la antes de amanecer hasta las 5 de la tarde, pero ¿cómo era el estado de esa vestimenta? que le generaba en los demás chanzas[89] y el desprecio por su pobreza, por «su manto sucio y raído, con su toga no muy limpia, con un zapato con rajas en la piel, o bien si más de un zurcido deja ver el grueso hilo con el que

80 Sátiras III, 166.
81 Sátiras, III, 5.
82 Sátiras, III, 194.
83 Paoli, Ugo Enrico, ob. cit., p. 27.
84 Epigramas, XI, 18.
85 Epigramas, XII, 18.
86 Epigramas, XII, 57.
87 Epigramas, VI, 66.
88 Epigramas, XII, 18.
89 Epigramas, II, 58.

las grietas acaban de ser recosidas…»[90] El manto y la toga sucios y raídos[91] por su permanente uso y que no lo protege del frío[92], la imposibilidad de adquirir una nueva con la sola esportula[93] por lo que siempre están pidiendo una prenda de regalo[94] y el calzado todo ajado y con tres y hasta cuatro remiendos.[95]

La alimentación de los pobres era muy escasa y de baja calidad, tanto si comían en su casa como si se veían agraciados con una cena en la casa de su señor. Juvenal dice que con los magros recursos obtenidos de la esportula debían comprar la toga, el calzado, el pan y la leña, por eso, como recién dijimos, Marcial debió mendigar una toga porque la sola esportula no alcanzaba para sus necesidades básicas. Juvenal nos da un testimonio, «los pobres tendrá que comprar una col y algo de leña.»[96] Esa parece ser la cena habitual del cliente, hambre en comparación con los manjares que se engullen en la mesa de los señores y de los que tenemos buen ejemplo en la Sátira IV de Juvenal, allí, cuando el poeta invita a Pérsico a cenar en su casa, los alimentos son «comunes y corrientes» de su campo «y no han sido comprados en ningún mercado».[97] Eran tan cotidiana la lucha por el sustento diario, que Estacio, luego de presentar su Tebaida con un gran éxito entre el público no tendrá para alimentarse si no vende su obra Agave antes de ser estrenada.[98]

Siempre un hombre con una pluma y cierta audiencia es un peligro para un gobernante tiránico y su «control» se hacia imprescindible. Los mecanismos empleados desde el poder parecen haber sido dos, el temor y la dependencia económica. El temor, Domiciano, lo aplicó tempranamente, al hacer «perecer a Hermógenes Tarsense por algunas alusiones contenidas en su historia, y los copistas que lo habían escrito fueron crucificados.»[99] Este mecanismo más las deportaciones con la confiscación de las riquezas del sujeto, como sabemos le sucedió a Juvenal, fueron alicientes suficientes para sujetar la creatividad de los poetas.

La dependencia económica es la más perfeccionada de las estrategias de sujeción, porque para sobrevivir el poeta se debe humillar hasta la adulación más falsa, nadie muerde la mano que le dá de comer: «Muchas son las cosas que los hombres no se arriesgan a decir si llevan rotos en el manto»[100]. El cumplimiento necesario e imprescindible de las solemnidades

90 Sátiras, III, 147.
91 Epigramas, III, 36.
92 Epigramas, II, 46.
93 Epigramas, IV. 26 y VII, 36.
94 Epigramas, II, 39 y 85.
95 Epigramas, I, 103. Aquí Escévola se viste como un pobre.
96 Sátiras, I, 115.
97 Sátiras, XI, 64.
98 Sátiras, VII, 82.
99 Suetonio, Domiciano, X.
100 Sátiras, V, 130.

diarias de la relación de clientela sujeta de una manera inhumana y forzosa al más débil de la relación, al punto de que saltarse uno de ellos lo deja en la imposibilidad de su sustento diario: «Porque te saludo ya por tu nombre, cuando antes te llamaba dueño y señor, no me digas que soy insolente: he comprado el gorro de liberto al precio de todos mis bienes.» [101] El temor del dueño de indisponerse con el emperador y ser considerado un opositor y desafiar su crueldad, por los escritos de su cliente debe ser estímulo suficiente para que se vigilasen las obras de los poetas-clientes, la «censura puede permitir bromas inocentes…» [102] pero sería muy apropiada la depuración de los versos para no sufrir «tantas veces la tachadura de dueño y para que la pluma severa no corrija tus bromas…» [103]

Conclusión

La vida del poeta pobre es la lucha constante por sobreponerse a las diferentes formas de exclusión a que los somete la sociedad romana. Primero, la exclusión de la actividad poética, los poetas pobres no contaban con las condiciones necesarias e imprescindibles para la inspiración, lograr un estado de sosiego carente de ansiedades y angustias. La lucha por el sustento diario, por conseguir las condiciones necesarias para poder crear, lograr la retribución económica de la actividad de los poetas para salir de su ruinosa situación y que los obliga a abandonar su actividad por otras profesiones menos dignas.

Luego, la lucha persistente por no quedar excluido del mercado editorial que lo llevaba a la persistente lectura pública, a la participación en torneos poéticos y la organización de recitaciones para lograr el éxito que le permita que sus obras sean editadas en forma gratuita por los bibliopolas.

La gran mayoría de los poetas que vivieron al final del siglo I, en Roma, fueron excluidos de las cumbres del Parnaso, sucumbieron en la lucha por superar las exclusiones que la organización social y económica romana les imponía, prueba de ello es que no llegaron sus obras a ser editadas y de que ellas no han llegado a nosotros en forma de garrabatos de esclavos copistas.

Fuentes

101 Epigramas, II, 58.
102 Epigramas, I, 4.
103 Epigramas, I, 3.

Gayo Suetonio Tranquilo, *Doce Césares*, Domiciano, X.

Marco Valerio Marcial, «*Epigramas Completos*», Madrid, Cátedra, 1991

Decio Junio Juvenal, Sátiras, Madrid, Editorial Gredos, 1991.

Bibliografía

Blázquez Robledo, Ibor, «El libro en Roma», disponible en: http://dialnet.unirioja.es/servlet/ articulo?codigo=3761481

Carcopino, Jèrôme, *La vida cotidiana en Roma. En el apogeo del Imperio*, Buenos Aires, Librerías Hachette, 1944.

Delgado Escolar, Francisco Luis, *Los poetas latinos como críticos literarios desde Terencio hasta Juvenal*, Tesis doctoral, Univeridad Complutense de Madrid, 2002, p. 910. Disponible en línea: http://eprints.ucm.es/3244/1/AH3029601.pdf

Friedlaender, L., *La sociedad Romana. Historia de las costumbres en Roma, desde Augusto hasta los Antoninos,* México, FCE, 1947

Guillén, José, «Introducción», en *Epigramas de Marco Valerio Marcial*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2ª edición, 2004.

Naselli Macera, Diego, «La propaganda del imperio de Domiciano en epigramas», en *Huellas de la Historia*, núm. 11, año 1. Disponible en: http://www.huellasdelahistoria.com/ampliar_contenido.php?id_noti=277

Paoli, Ugo Enrico, *Urbs. La vida en la Roma antigua*, Barcelona, Iberia-Joaquin Gil Editor, 1944

Rodríguez Adrados, Francisco, «Mecenas y los mecenas de la antigüedad», en Aurora Gloria Egido Martínez, José Enrique Laplana Gil (coords.), *Homenaje a Domingo Ynduráin*, Disponible en línea: http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/28/57/03rodriguez.pdf